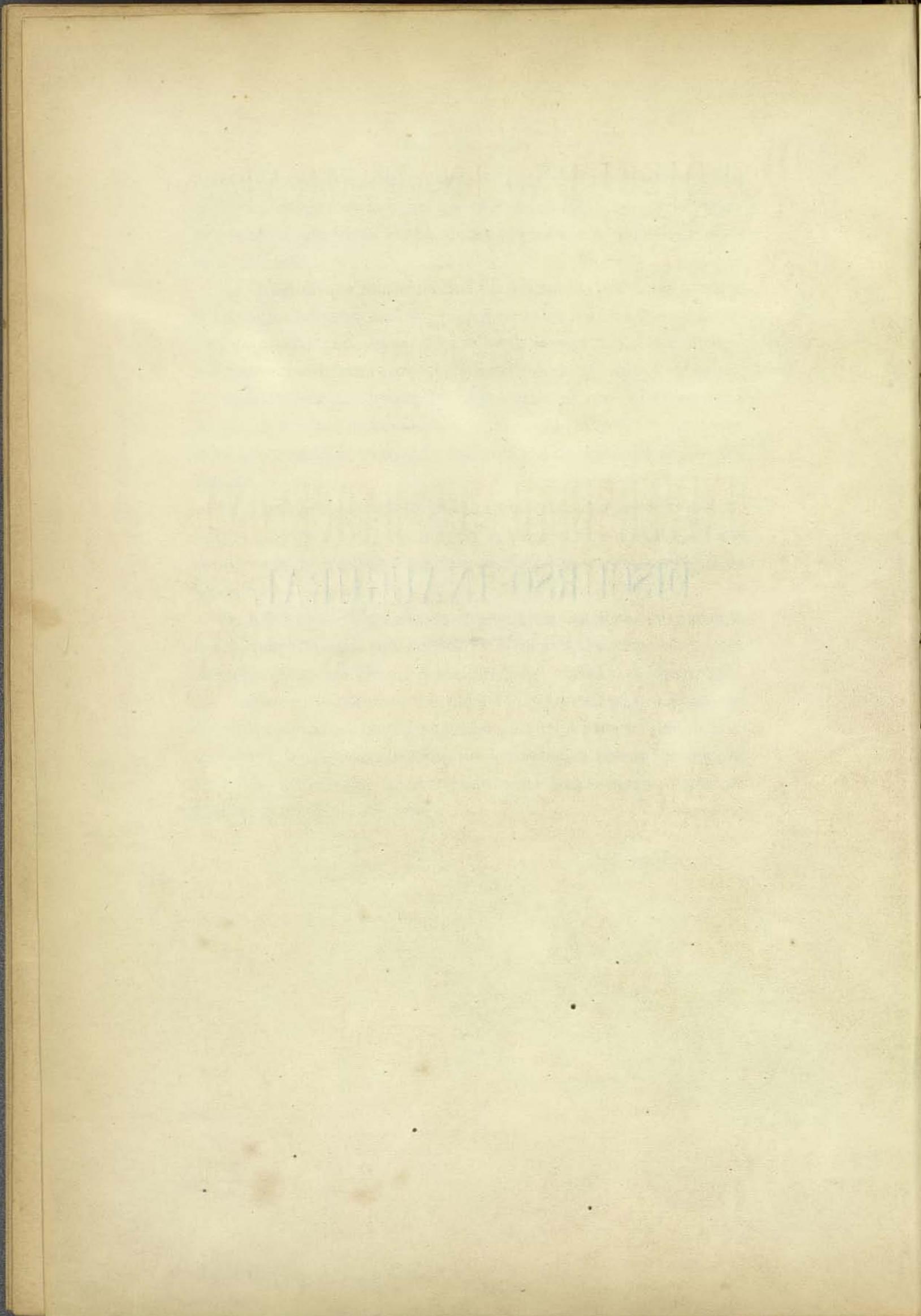


UNIVERSITY OF MICHIGAN

DISCURSO INAUGURAL





DISCURSO INAUGURAL

QUE EN LA

SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO DE 1893 Á 1894

LEYÓ

ANTE EL CLAUSTRO

DE LA

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

EL DOCTOR

D. BARTOLOMÉ ROBERT

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE MEDICINA



BARCELONA

IMPRESA DE JAIME JEPÚS Y ROVIRALTA

IMPRESOR DE LA UNIVERSIDAD

CALLE DEL NOTARIADO, NÚM. 9, TELÉFONO 151

1893

DISCURSO INAUGURAL

SOBRE LA APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO DE 1883 A 1884

DEL Sr. D. BARTOLOME ROBERT

UNIVERSIDAD DE BARCELONA

D. BARTOLOME ROBERT

Impreso en la imprenta de...

BARCELONA

IMPRESA DE JUAN IBIG & C^{IA}

1883

EXCMO. SR.

SEÑORES:



UNA de esas heridas del alma, que dejan por largo tiempo exhausto al hombre de más acerado temple, no ha permitido que subiera hoy á esta tribuna, á hacer ostentoso alarde de sus conocimientos, uno de los más ilustres profesores de nuestra Facultad de Medicina. Una enfermedad artera acaba de desmembrar su familia, ya desmembrada por otro igual infortunio; y él, á pesar de su poderoso blindaje moral, no ha podido reponerse aún de tan rudo golpe y adquirir aquella serenidad de ánimo necesaria para tomar parte activa en esta solemnidad académica. He ahí explicada mi presencia en este sitio; y como vengo en lugar de otro y soy el primero en comprender el desencanto que esta inesperada substitución ha de produciros, me apresuro á solicitar vuestra benevolencia, fiando en que seréis pródigos en otorgármela.

Marchamos á todo vapor hacia las postrimerías del siglo XIX, en busca de los albores del vigésimo. Pero la línea del tiempo jamás se

trunca, continua como es; y, solo por puro artificio, hablamos de lustros y de décadas, y dividimos y subdividimos las épocas de la Historia, figurándonos en virtud de semejante convencionalismo que hoy concluye una cosa y que mañana empezará otra. De ahí que no podamos substraernos á la obsesión de que, al extinguirse las vibraciones de la última campanada de 1899, va á terminar un momento histórico, y ved porque se oye hablar por todas partes del *fin del siglo*, como si se tratase de un próximo cataclismo ó de una liquidación universal. Todo el mundo, cada cual en la esfera de su propia actividad, se apresura á hacer afirmaciones más ó menos atrevidas, y críticas del estado presente y cambios en las cosas, porque el tiempo apremia, porque el siglo acaba. Así, en religión, se hace el balance de las creencias que hoy dominan; en política, se aquilatan los grados de democratización que hemos alcanzado; en lo social, se echa la suma de los elementos anarquistas para hacer augurios sobre el triunfo ó derrota que podrán alcanzar en su lucha con los elementos de resistencia; en lo científico, nos preguntamos si, á favor del libre exámen que hoy priva, han muerto para siempre más los antiguos métodos; en lo literario, si ha de desaparecer toda aquella sin par hermosura de la inspiración poética y subsistir tan solo la prosa natural ó si, extremando las cosas, habrémos de pasar del naturalismo, al simbolismo y hasta al ipseismo... y así en las artes y en todas las demás actividades del hombre.

Pues, bien, señores, ¿queréis permitirme que yò, uniéndome á ese coro de voces, también discurra por breves momentos sobre la *Medicina de hoy*, para describir su estado y hacer la crítica de sus tendencias en el último período de la actual centuria?

Si, haciendo una síntesis histórica, se estudian las Revoluciones de la Medicina desde que se escribió el *papyrus Ebers*, en los tiempos faraónicos, hasta nuestros días, el ánimo se empequeñece ante la contemplación de la suma inmensa de actividades que se han

movido, ora para imprimir una marcha más ó menos acelerada al carro del progreso, ora para oponerle obstáculos casi insuperables. Nulo el movimiento científico mientras se tradujo tan sólo por hechos que derivaban del instinto natural de la conservación humana; desviado más tarde de su cauce por las supersticiones religiosas de aquellos remotos tiempos y por la ingerencia extraña de poetas y filósofos; se hizo ya notorio, cuando, desaparecida la Sociedad pitagórica—500 años antes de Jesucristo—entróse en la vía de la observación pura. Fué en aquellos tiempos cuando lució, como astro de primera magnitud, el Grande Hipócrates, aquel genio colosal que hoy todavía, á la vuelta nada menos de veinticuatro siglos, vive constituyendo la encarnación del verdadero médico, por las dotes de inteligencia, de sinceridad, de desinterés y de amor al arte. ¡Siglo feliz el que le vió nacer y que, siendo el último de la grandeza griega, aún tuvo empuje para dar á luz á un Pericles y un Fidias, á un Sócrates y un Platón! Mas tarde, entrada ya la revolución médica en un período anatómico y, por tanto, con otro fundamento sólido para la construcción científica de la Medicina, el avance fué mayor, como que fué promovido por aquellos colosos llamados Areteo y Celso Aureliano y, por encima de todos, el inmortal Galeno.

Pero, como si al morir el *medicus Romulus* se hubiesen enterado con él todas las energías de aquel precioso momento histórico, sonó para la Medicina la hora de la más triste decadencia. Parecía que aquel imperio romano, más vasto que el de Alejandro, regido entonces por Septimino Severo, y con un dominio del mundo, cimentado por setecientos años de una política atrevida y perseverante, había de prestar lucimiento esplendoroso á los discípulos de la Escuela galénica; pero lejos de suceder de este modo, ya por los enconos y rivalidades promovidos por los médicos sistemáticos, ya porque faltó á la ciencia la tranquilidad del medio ambiente, que sólo se respira en el reinado de la paz, ello es que se detuvo el progreso, influyendo no poco en aquel aniquilamiento, á más de la inevitable decadencia del imperio, el incendio de la Biblioteca de Alejandría: catás-

trofe consumada por Omar, que habría sido irreparable si, por los azares de la suerte, Antonio no hubiese donado á Cleopatra las riquezas bibliográficas coleccionadas en Pérgamo.

Después del largo eclipse producido por la caída del imperio romano, revivió la Medicina en el siglo VIII y bien podemos enorgullecernos de que, durante toda la dominación de los árabes, fuese España su puerto de refugio, creando escuelas médicas en Córdoba y Sevilla, en Toledo y Murcia. Las condiciones político-religiosas y sociales de la Edad Media no eran ciertamente abonadas para la labor científica, pero justo es aseverar que no fué aquella época tan bárbara como se la ha supuesto, ya que en su seno se formaron los orígenes que habían de conducir al descubrimiento de la imprenta, de la brújula, del movimiento de la Tierra, del sistema de la gravitación, de la circulación de la sangre y de todo un nuevo mundo *físico*. De todas maneras, la Medicina hubo de esperar el nacimiento de un génio ilustre, del gran Vesalio, en 1514, para grabar en mármoles y en bronce una fecha de la que arrancó tan brioso impulso, que sus vibraciones en nuestro año de gracia aún se perciben.

Pero un hombre solo no es palanca de Arquímedes que mueva un mundo. El famoso médico belga trabajó en un momento feliz, cuando el espíritu de los pueblos de Occidente, fortalecido por el reposo, despertó del letargo, adquiriendo un vigor que explotó en todas direcciones, ya para restaurar los despojos de una civilización antigua, ya para entrar en la senda de nuevos descubrimientos. No le prestó menor apoyo la imprenta, que acababa de descubrirse, esa conquista de la humanidad, la primera y la más grande de todas, ya que se encarga de dar permanencia y de difundir por los ámbitos de la tierra los frutos de la inteligencia del hombre. Por otra parte, en el mismo período erudito de la Historia hubo un Leoniceno que vulgarizó los textos griegos y latinos y calificó el mérito relativo de los médicos árabes y judíos; un Cornaro y un Mercurialis que empezaron á cimentar la Higiene, abandonada después de los esplendores de la época helénica y romana; un Benivieni y un Eustaquio

que vislumbraron toda la importancia de la Anatomía patológica; un Fernel que reformó la Nosografía y la Terapéutica y un Ambrosio Pareo que agigantó la cirugía de Celso.

De esta suerte se iba abonando el terreno para que, al llegar los siglos xvii y xviii, el árbol de la Medicina diese frutos hasta entonces no conocidos. Despojadas ya la física y la química de las vestiduras de ciencias ocultas, señalado el camino por nuestro desgraciado Servet para el descubrimiento de la circulación de la sangre, heridas de muerte muchas de las tesis galénicas por las investigaciones de Vesalio, ya en el palenque de la experimentación física un Galileo y en el del cálculo un Kepller y un Newtón, y apareciendo un Bacon como precursor de la medicina experimental y como ariete levantado contra la filosofía aristotélica, se comprende que las ciencias naturales todas, y entre ellas la Medicina habían de entrar en una nueva era, jamás vista en el largo período de la historia. En esos 200 años afortunados lució Sydenham, uno de los más grandes pintores que posee la Medicina y tal vez el primero que intentó una clasificación de los procesos morbosos, con independencia de toda hipótesis filosófica; Bagliví, cuyo lema grabado en las paredes de este Paraninfo da idea de su fervor hipocrático; Boerhave, talento brillante que aplicó á la Medicina las ciencias físicas y naturales y produjo en la fisiología una revolución análoga á la que determinaron en la física los torbellinos cartesianos; Stahl, que inspirándose en la filosofía de Descartes y Malebranche, entonces muy en boga, se erigió en apóstol del animismo y que, por una de tantas discordancias del espíritu humano, á pesar de ser un gran químico y un gran anatómico se propuso desterrar de la Medicina, como hojarasca inútil, la anatomía y las ciencias fisico-químicas; Haller, que dió á la fisiología la forma experimental de las ciencias físicas, y por último el gran Morgagni, el verdadero fundador de la Anatomía patológica, el autor del inmortal tratado *De sedibus et causis morborum per anatomen indagatis*, que es uno de los más grandes monumentos erigidos á la medicina de observación.

¡Hijos del siglo xix, no nos enorgullezamos en demasia creyen-

do que todos nuestros adelantos nos pertenecen; que la medicina racional ha empezado con nosotros y que solo nos han precedido gentes bárbaras! Más que creadores de nuestro capital científico, hemos sabido aprovechar la saneada herencia legada por las pléyades de aquellos tiempos, fomentándola sí con el sudor de nuestra frente. ¡No seamos, por Dios, iconoclastas!

¡Quién duda que respiramos una atmósfera de libertad y que vivimos bajo el régimen de la democracia! Libertad de ideas y de creencias; libertad de exámen; libertad de la cátedra; libertad del libro. Qué mucho, pues, que la Medicina actual, adaptándose al medio ambiente, haya crecido no como una planta de invernáculo, sino como un árbol que vegeta en la pura atmósfera de las montañas. Libre de todas las ataduras de los sistemas filosóficos, que los considera inútiles; muerta toda la autoridad del *magister dixit*; protegida por el Estado que la concede la libertad más omnímota, así en sus investigaciones experimentales, como en la exposición de las tesis más atrevidas ¿cuándo? ¿en qué momento de la historia las ciencias médicas se han podido mover más á sus anchas, sin ley que las regule y sin freno que las restrinja? Por otra parte, dado el valioso concurso que á la Biología prestan las ciencias físico-químicas y las naturales ¿cuándo la Medicina ha podido usufructuar mejor que ahora el material inmenso que éstas la brindan, precisamente hoy que han alcanzado un grado de potencia y de desarrollo jamás visto?

Todo, pues, de consuno ha allanado las dificultades, y la Medicina se ha encontrado con todos los apoyos y sin obstáculo de ningún género para emprender una marcha veloz en el último cuarto de este siglo; y el secreto de este avance no es otro que la entronización del *método experimental*.

Durante larguísimo tiempo los hombres de ciencia se limitaron á la observación muda de los fenómenos de la naturaleza; y como no

les era dable sujetar el pensamiento á la piedra de toque de la experimentación, sólo jugaba el elemento racional puro ó especulativo; sumaban los hechos observados, los comparaban entre sí y en virtud de un paciente trabajo inductivo buscaban las leyes generales de su producción, resultando que, en suma, la Medicina era como una historia natural de las enfermedades. Hoy, si se quiere, el método es también inductivo y siguiendo los procedimientos baco- nianos se marcha de lo particular á lo general; pero en las operaciones analíticas en vez de campear la razón pura, se acciona y se experimenta; en lugar de la contemplación silenciosa de los fenó- menos naturales, por medio de las vivisecciones hacemos una ob- servación viva y en acción; en una palabra, á la Naturaleza *la pre- guntamos*.

Hoy no nos reducimos á examinar en el cadáver los estragos producidos por la lesión, sino que, á voluntad, determinamos en el ani- mal vivo aquellas mismas ó parecidas lesiones, para ir estudiando poco á poco el proceso de su desenvolvimiento. De esta suerte se aprecian en toda su complejidad los actos normales de la vida y los patológicos. Del propio modo estudiamos las acciones fisiológicas de los medicamentos y de los venenos, para hacer después aplicaciones racionales á la fisiología y toxicología humanas; y hasta algunos, re- basando en mi sentir las leyes de la moral, han erigido al mismo hombre en sujeto de algunas experimentaciones.

Con esos análisis se funda una teoría; admitida la teoría, vuélvese á su comprobación experimental; ya comprobada, se coteja con otras teorías; y establecida al fin la conjunción, se formula una ley. Pero los sabios de hoy, en esto más prudentes que los sistemáticos, en- cierran sus investigaciones en los límites de lo relativo, convencidos de que el hombre no puede llegar al conocimiento de la verdad abso- luta; y lejos de querer descifrar el enigmático *porqué* de las cosas, se limitan á inquirir el *cómo* de su mecanismo. Es por eso que, en rigor, los médicos de hoy, como hombres podrán ser materialistas ó espi- ritualistas, según sean sus sentimientos religiosos, pero la Medicina actual no es ni una cosa ni otra; se limita á estudiar los hechos, de-

jando toda cuestión dogmática y metafísica á las disputas de los filósofos y de los moralistas.

La gran conquista que la Medicina de nuestros días debe al método experimental es, sin disputa, el descubrimiento de un mundo parasitario. Revolución más grande en el concepto de las causas de las enfermedades y en el tratamiento de las mismas, no la han visto los pasados siglos; por manera que estamos ya gozando parte de la felicidad que se indicaba en aquella frase antigua: *felix qui potuit rerum cognoscere causas*. Y aunque la cuestión del parasitismo hubiese sido presentida desde larga fecha, tal vez desde la época arábiga, hasta que el insigne Pasteur, una de las primeras figuras de este siglo, descubrió en la levadura de la cerveza un vegetal, vivo, causa de la fermentación, las presunciones no pasaron á la categoría de cosa juzgada.

Si, una atmósfera saturada de miríadas de seres infinitamente pequeños nos rodea: en el aire que respiramos, en los líquidos que bebemos, en los alimentos con que nos nutrimos, en el suelo que pisamos, en los vestidos que nos cubren, en los cuerpos todos que nos rodean y hasta dentro de nosotros mismos, en las cavidades que están en comunicación con el medio ambiente, por doquier pululan aquellos gérmenes invisibles. Numerosísimas son las especies de esa botánica menuda, que se han descrito y clasificado, pero todo infunde la sospecha de que gran parte de la flora microscópica queda aún por descubrir. Todo ese enjambre de microbios está comprobado que preside un número inmenso de actos de la vida física, que antes se subordinaban á reacciones de orden químico; pasando así de la categoría de cosa muerta á cosa viva. En las fermentaciones del vino, de la leche y de la cerveza; en la destrucción putrefacta de las substancias orgánicas que han dejado de vivir; en la elaboración de determinadas materias tintóreas; en la absorción del nitrógeno del aire; en las nitrificaciones del suelo y en muchas cosas más, desempeñan ellos el papel de protagonistas.

Pues bien, señores, desde que se ha descubierto que también á ellos debe achacarse la producción de un número de enfermedades, ya difícil de contar, se ha rasgado el denso velo al través del cual era imposible adivinar la verdadera naturaleza de las causas morbosas. Todo aquello de las *influencias atmosféricas* y de las *constituciones médicas* y del *genio epidémico* en la producción de ciertas enfermedades infectivas se ha derrumbado á los golpes de piqueta de la medicina experimental; y hoy conocemos y cultivamos los cuerpos vivos que, transportados por vehiculos los más diferentes, son causa del cólera, de la fiebre amarilla y de los tifus, y sabemos que la tuberculosis y la lepra son males parasitarios, que también lo son la sífilis y el tétanus, el muermo y la actinomicosis, la difteria y la erisipela, la fiebre puerperal y las calenturas exantemáticas, el antrax y el divieso, las supuraciones y las gangrenas.

Compréndese el valor extraordinario de esas conquistas, así en lo que toca á la curación de las enfermedades, como en lo que atañe á la manera de evitarlas. El higienista, conociendo dónde y cómo nacen los gérmenes patógenos, de qué manera se reproducen, cuál es la actividad de los productos que segregan y por qué vías se difunden, asienta su planta en terreno firme y puede señalar, sin rutinas y empirismos, reglas de conducta para la defensa; y el terapeuta penetrado de que ha de luchar con una cosa corpórea y no con un ente, no se perderá, como antes, en un dédalo de vagas indicaciones.

No quiere esto decir que nos encontremos ya en posesión del triunfo; porque el progreso es asaz reciente y la resultante morbosa determinada por la presencia del parásito tan complexa, que deberán atarse aún muchos cabos antes de gritar el suspirado *eureka*. Entre tanto ¡de qué modo la ciencia acaba de comprobar la intuición finisima de las generaciones pasadas! Siempre se había reconocido en nuestro organismo un fondo de resistencia á las causas de muerte que por doquier nos persiguen: llámese *phisis*, *fuerza vital*, *resistencia orgánica*, importa poco el nombre; pero desconociase de qué manera reaccionaba el cuerpo contra esos gérmenes productores de la toxicidad, y vienen nuestros Jobs experimentadores y descubren, en esa

inmensa federación de células que en gran parte nos constituyen, una actividad, que llaman hoy *fagocitística* y *quimiotáctica*, con la cual destruyen la acción envenenadora de los microbios y facilitan el arrastre de sus residuos por la vía renal preferentemente. Comprobación feliz de un hecho de observación antigua, que demuestra que, si por un lado hemos de buscar remedios que maten el germen de la enfermedad, por otro podemos fiar muy mucho, para la defensa, en la virtualidad y poder de nuestra propia naturaleza. Los microbios, como todo lo creado, tienen derecho a la vida; pero también la tiene el hombre y en esta lucha por la existencia, propia de todos los seres, batalla y se defiende.

Nadie como el cirujano ha podido aprovecharse del nuevo orden de cosas establecido por la ciencia experimental; de ahí que la moderna cirugía haya alcanzado el último extremo de su esplendor. No le bastaba poder practicar las más cruentas mutilaciones adormeciendo la sensibilidad de los operados, con el cloroformo y el éter, para ahorrarles los más crueles dolores; no le bastaba tampoco evitar con un instrumental del mayor ingenio, la pérdida de sangre, esa sangre que, como el aire que respiramos, es el *pabulum vite* de nuestro ser físico, sino que sabiendo evitar la implantación en las heridas de los gérmenes vectores de la gangrena, de la erisipela traumática y de la supuración, ha conseguido que los órganos divididos por el filo del instrumento cortante, se cicatricen con una rapidez que asombra, y que no se produzcan esas fiebres de infección y esos estragos en las zonas traumatizadas, que antes deslustraban toda la brillantez de los actos quirúrgicos. Si: hoy se ponen á descubierto todas las vísceras del abdomen, se abre la cavidad del pecho y se corta la bóveda craneana, como si tal cosa. Es por eso que, estimulados por el ejemplo y por la fiebre de un más allá, que á todos nos devora, convencidos á menudo los médicos de la esterilidad de los recursos clásicos, impetramos el auxilio del brazo secular de la Cirugía y le decimos: amputa el vértice de ese pulmón, extirpa la laringe, extrae un riñón, llévate un metro de asa intestinal, abre una nueva comunicación entre el estómago y un intestino, apodérate de ese tu-

mor empotrado en el hígado, secciona y desprende ese trozo de la masa cerebral. ¡Génios ilustres de Celso y de Ambrosio Pareo, de Cowper y de Gimbernat, de Choppart y de Dessault, qué no haríais hoy si resucitáseis! Si, artistas de la Cirugía, lograsteis en vuestro tiempo inmortal renombre, cuando por no conocer la anestesia, los alaridos de los operados os ensordecían; cuando no disponíais de otros medios que la compresión de los grandes vasos y las ligaduras para cohibir las hemorragias y, sobre todo, cuando por ignorar los secretos de la asepsia no podíais impedir que vuestros enfermos sucumbieran envueltos en la atmósfera de gérmenes tóxicos ¿á qué altura no llegaría vuestra destreza pudiendo disponer de los recursos de la ciencia moderna?

En otros asuntos de no menor importancia ha puesto sus manos la *Medicina de hoy*, que sino los ha resuelto todavía, dada su especial contextura, al menos va márcando los pasos que más tarde otros aprovecharán. Materia grave, porque aún siendo fisiológica, empalma con altos problemas sociales y jurídicos y hasta de rechazo puede trascender al sentimiento religioso de los pueblos. Ya se comprenderá que quiero referirme al estudio de las funciones del sistema nervioso y especialmente á las del cerebro.

El método experimental aplicado á este ramo tan importante de la Medicina ó de la Antropología, para hablar con más propiedad, prescinde en sus investigaciones de todo prejuicio filosófico y religioso, y encerrándose en los ámbitos de la fisiología pura ha comenzado una labor difícil, no dando, quizá, la importancia debida á las consecuencias de sus estudios. Deja que los platonianos, en su espiritualismo, sigan creyendo que los conocimientos que adquirimos en el mundo no son más que débiles rayos de la luz que nuestra alma poseía antes de unirse al cuerpo; que los aristotélicos entiendan que el alma humana se nutre de las impresiones externas recibidas por la mediación de los sentidos; que los discípulos de Condillach consi-

deren que las impresiones sensoriales primeras son particulares y no generales, como suponía Aristóteles; que los Santos Padres de la Iglesia sostengan que Dios, por medio de la Revelación, ha inculcado al hombre determinados sentimientos que no habría poseído por los sentidos, ni por la razón pura; y que sigan disputando los escolásticos, los cartesianos, los ecléticos y hasta los escépticos, por más que estos bien necesitarían hoy que un nuevo Lucrecio les fustigara. La Medicina actual no se cuida de nada de eso, porque no considera que su misión estribe en abordar las grandes cuestiones metafísicas acerca de la *sustancia* y la *realidad*, la *esencia* de la *causalidad*, la *naturaleza* del *estado consciente* y la *naturaleza ontológica* del *tiempo* y del *espacio*.

Si no hubiera de encerrarme en los prudentes límites de esta Oración universitaria, entonaríá ahora un himno á nuestro insigne Cajal y á cuantos han contribuido á aclarar la intrincada histología de los centros nerviosos y me entretendría en aplaudir la brillante manera como hoy se estudia la patología medular: además todo eso os fatigaría demasiado y prefiero contraerme á lo de más monta y trascendencia.

La época actual se presta, por desgracia, á ofrecer al neurólogo un inmenso material de observación. Sea por el agotamiento y cansancio de las funciones nerviosas propios de la febril vida moderna; sea por la falta de creencias y principios morales, que á ésta caracteriza; ya porque, desatendidos los consejos de la Higiene en las uniones matrimoniales, crece como la espuma el nervosismo á favor de las leyes indeclinables de la herencia; ya también por la acción tóxica de las bebidas alcohólicas, para no citar otras causas, ello es que el número de enfermedades del sistema nervioso va creciendo de una manera espantosa, que los manicomios ya pronto no darán el abasto para albergar la aterradora cifra de los locos y que la criminalidad aumenta en proporciones también aterradoras: por manera que el mismo estigma fatal de nuestros días ha querido favorecer la ciencia del neurólogo, prestándole ancho campo para sus estudios.

No es nuevo el empeño de relacionar los actos del pensamiento

con la disposición y textura de la masa cerebral. El mismo Darwin, al tratar de la *Expresión de las emociones del hombre y de los animales* ya cuida de recordar las *Conferencias* del pintor Lebrun, en 1667, y los Discursos de Camper, en 1774, quienes echaron los fundamentos de algunas ideas que más tarde amplificó el célebre naturalista inglés. Siempre el *multa renascentur*: por manera que en los estudios actuales de Lombroso y de sus adeptos, que tanta resonancia han tenido y aún tienen, á pesar del golpe no flojo que recibieron en el último Congreso de Bruselas, no son tan nuevos como con cierta vanidad algunos pretenden. De todos modos sólo los míopes de entendimiento podrán negar que la agitación producida por la mayor parte de los fisiólogos, y de una manera especialísima por la moderna escuela antropológica, es grande, y que ésta y aquellos han aportado una serie de hechos que, una vez bien depurados y comprobados en el crisol de la experiencia, se irán aprovechando para conocer hasta donde alcanza el grado de la responsabilidad humana, cuando queda cohibida por una viciosa conformación cerebral ó por lesiones producidas accidentalmente.

Cada día se va conociendo mejor el funcionalismo de ese órgano tan complicado, cuya hermosura de construcción encanta: el cerebro del hombre. Los estudios sobre las circunvoluciones que presiden el lenguaje, ese símbolo divino del razonamiento abstracto, si se me permite que parafrasee á Hamilton, y las que están dirigiendo la mímica del rostro y los movimientos de los miembros; las sagaces investigaciones de Espencer sobre el influjo de la circulación cerebral en la viveza de las ideas y en el despejo de la memoria; las de Wundt, en Leipzig, nada menos que sobre psicología experimental, encaminadas á medir el tiempo invertido en los distintos actos mentales y en la reproducción de las impresiones y asociaciones de ideas y de juicios; las de Ferry y Jackson sobre las zonas encefálicas capaces de promover las espantosas crisis convulsivas del *mal hercúleo*; todo esto, aún aceptando de buen grado, que se presta á la polémica y hasta á la contradicción, marca un avance en el conocimiento de las obscuras funciones encefálicas, superior á todo encarecimiento.

En otro orden de hechos, encaminados á inquirir las relaciones de la configuración externa, plástica del cuerpo, y sobre todo de la cabeza, con los movimientos pasionales del hombre y los actos criminales que pueda cometer, se ha hecho ya tanto en este final de siglo, que no puede escatimarse el aplauso á los observadores, por más que no quieran aceptarse las conclusiones que ellos pretenden deducir. El peso deficiente del encéfalo, sus circunvoluciones borrosas y sin relieve, la desproporción entre los lóbulos cerebrales, la asimetría del cráneo y su contraste con las condiciones étnicas que debería tener, las variantes de los índices cefálicos y del rostro, el aspecto de la bóveda palatina, el anárquico engaste de los dientes, el perfil de la nariz y el grosor y contorno de las orejas, el color de los ojos, con su oblicuidad, hundimiento en las órbitas y modo de mirar, la configuración de los labios, el unte, finura ó aspereza de la piel, el color del cabello y barba con la condición sedosa, áspera y hasta greñosa del pelo, el timbre de la voz y la articulación de la palabra, el aire en la marcha y el estudio de las manos, todo eso, para no cansaros más, se ha ido observando, sumando y computando, para concluir que la criminalidad, en sus rasgos físicos, tiene un retrato, y que hay hombres que delinquen porque, degenerados de encéfalo desde el nacer ó por accidente, se ven impelidos por una fuerza irresistible que les veda el libre albedrío.

Yo, señores, no creo que á la tesis de orden experimental sostenida por la escuela italiana, con su *uomo delinquente*, pueda concedérsele más que un valor relativo, ni menos que esté por encima de muy serias objeciones, que en este momento no vienen al caso; antes al contrario, entiendo, aunque mi opinión poco vale, que en todo proceso de criminalidad, para que se acepte la irresponsabilidad absoluta, no deben tenerse en cuenta únicamente los datos físicos que el médico aporta, sino todas las circunstancias de otros géneros y de todo orden que hayan podido unirse y consociarse para la comisión del delito; problema siempre muy complejo que, ni el hombre de ley solo, ni el antropólogo solo, ni el médico por sí pueden fallar, sino que es necesaria la conjunción harmónica de todas esas inteligencias antes de emitir un jui-

cio. Hay cosas que no resisten la crítica del sentido común y esta es una de ellas. ¿Todo hombre con rostro asimétrico, con la nariz perfilada de ese modo ó de aquél, ha de ser considerado, *ipso facto*, con pasta á propósito para el crimen? Claro es que no. ¿Todo delito cometido por ese mismo hombre de cabeza deformada, sean cuáles fueren los móviles que le han impulsado, ha de llevar *ipso facto* la patente de la irresponsabilidad? Claro es que no. Por consiguiente queda firme la consideración anterior.

Con aquel consorcio obligado entre el Derecho penal que estudia al hombre en tanto que susceptible de delinquir y la Medicina que lo estudia en tanto que susceptible de enfermar, sin rozamientos, sin antagonismos de escuela, pues al fin médicos y legistas son antropólogos, porque ambos se ocupan del hombre, se irá afinando con el tiempo el criterio para conocer hasta qué punto en la realización de actos criminosos gozó el hombre de libertad moral y cuando está supeditado por la pasión, y más que por ésta, por una suerte de fatalismo orgánico. Y que ese conocimiento de las funciones psíquicas humanas, aunque extremadamente difícil, se irá todos los días aclarando, nos lo hace esperar tanto el camino ya recorrido, como lo que podrá lograrse con otro medio de experimentación, que ha revivido en la penúltima década de este siglo. Aludo al hipnotismo y á sus múltiples prácticas de sugestión.

Soy de los que creen que, en plena salud cerebral, ciertos actos íntimos de nuestro espíritu sólo los podemos conocer nosotros mismos y no por los sentidos externos; y de ahí la imposibilidad de que nadie pueda conocer *directamente* la conciencia de nadie. Ahora bien: por medio del hipnotismo nos apoderamos del cerebro ajeno, como si fuese el de un niño; queda sumiso á nuestros mandatos como esclavo humilde, y penetramos entonces, al menos al parecer, en los pliegues más reconditos de la persona que, abandonada así misma y desposeída de su libre albedrío, se rinde á nuestro poder. Esto, señores, es tan cierto como extraordinario y tan extraordinario como grave; no admirándome la alarma que en los primeros momentos han sentido los representantes de la Iglesia y algunos Go-

biernos, ni las medidas coercitivas que han creído prudente aconsejar.

El actual hipnotismo no es más que la resurrección del magnetismo animal de los tiempos de Mesmer, pero entonces, siendo como era una mezcla informe de ciencia y charlatanismo, bien que sobrepun- jando la nota charlatanesca, no tardó en arrastrar una existencia lánguida, muriendo á manos del célebre Dubois, que en la Academia de Medicina de París, derribó todo aquel aparato teatral de sueños y videncias, transposiciones de sentidos, conjuros, horóscopos y otras extravagancias.

Pero la muerte fué aparente, ya que el muerto ha resucitado, siendo el inglés Braid el primer exhumador y el malogrado Charcot el segundo; y al volver á la vida, despojado de sus vestiduras de co- media, no ha tardado en adquirir carta de naturaleza entre los dife- rentes recursos de la medicina experimental. Demostrado que para la hipnotización no se necesita la ingerencia de un fluido magnético, sino que hasta son vulgares y simples los medios de que se vale el que hipnotiza, tanto que á veces puede prescindirse de la interven- ción del operador, ha desaparecido todo motivo de farsa, para entrar de lleno en la esfera científica, que necesariamente hará abandonar la escena á esa plaga de industriales y mercachifles, con pujos de profeta y adivino.

Si con los recursos de la observación y de la medicina experimen- tal, por un lado, y con los de la antropología, por otro, se ha abierto ya el camino que ha de llevarnos al conocimiento de las funciones cerebrales, no dudamos que la hipnotización, sériamente cultivada por hombres de inteligencia y hasta de moral acrisolada, prestará poderosa ayuda, no sólo para perfilar los actos de la sensibilidad ex- terna, si que también para descifrar algo de los de la interna, de eso que, en plena salud cerebral, como decía antes, no se exterioriza. Por desgracia, ó por fortuna, no son los cerebros fuertes, sanos y de buen equilibrio los que mejor se prestan á la hipnotización, sino los débiles y enfermizos, lo cual constituye un serio obstáculo que obligará á grandísimas reservas, antes de sancionar las leyes gene- rales que podrán inducirse de los hechos observados.

Tampoco quiere despedirse el siglo sin pretender una gran reforma en el campo de la terapéutica, que la Higiene á su vez podrá aprovechar para la profilaxis de determinadas dolencias. No contentos los terapeutas con haber enriquecido su arsenal con un número asombroso de medicamentos nuevos, unos flor de un día, y otros más vivaces porque representan una actividad indiscutible; no satisfechos con haber expurgado de la antigua farmacología todos aquellos remedios de dudosas ó imaginarias virtudes y de haber establecido, en cambio, el imperio de los alcaloides, productos químico-orgánicos, estables y precisos en su manera de obrar, han emprendido otro rumbo, nuevo del todo, en los fastos de la ciencia. Trátase de inyectar en el cuerpo del hombre y en el de los animales unos líquidos impregnados de los productos tóxicos segregados por los microbios, aplicando á cada caso el humor microbiano respectivo. Atenuada su virulencia con ciertas prácticas, se intenta prevenir algunas enfermedades ó curarlas, cuando ya desarrolladas.

Desde el inmortal Jenner, ya sabíamos que inoculando la vacuna se previene el desarrollo de la viruela y desde Pasteur sabemos la manera de evitar las epizotias carbuncosas; no ignoramos tampoco que, inoculando á un perro sano un líquido atenuado procedente de un perro rabioso, impedimos que rabie, aunque le muerda otro animal ya enfermo; que un compatriota nuestro, en el reino de Valencia, hizo numerosísimos ensayos con el propósito de preservar del cólera á los inoculados; que se han realizado en América análogos experimentos respecto de la fiebre amarilla y que actualmente, por medio de un sistema semejante, se busca la inmunidad de cierto mal que ojalá no existiese. Pero como esas experimentaciones en el hombre están rodeadas de muchas dificultades y, por otra parte, en asuntos de tanta monta las estadísticas pueden ser muy falaces por la dificultad de la contraprueba, de ahí que esta gran cuestión de profilaxis podrá estar resuelta en algun caso concreto, pero no ha llegado todavía el momento de inducir de los hechos particulares una ley general, como Cheron acaba de pretender. A más de que, siendo tantas y tan variadas las vacunaciones que en el hombre habrían de hacerse para

escudarle de las enfermedades infectivas, aún nadie ha calculado si, resistiéndolas todas el organismo, la misma mezcla de unas y otras haría estériles los resultados.

Menos comprobada todavía está la reforma en punto á la curación de las enfermedades. El fracaso del método de Koch, en la curación de la tuberculosis, es tan reciente que aún no puede predecirse el resultado de los esfuerzos que vuelven á hacerse para que reviva; la curación de la rabia tampoco está al abrigo de fundados reparos y no han sido brillantes, ni mucho menos, otras generosas tentativas.

Tal vez á esa escasa fortuna se deba un nuevo intento de reforma que se ha bautizado con el nombre de *seroterapia*.—Dado que hay animales que, por su propia naturaleza ó por artificio, son refractarios á alguna de las enfermedades que el hombre padece, dado también que la sangre posee virtudes microbicidas, se han practicado inyecciones con el suero sanguíneo de aquellos, con el propósito de vencer ciertas dolencias humanas.

Todavía hay más. Estimulados los experimentadores por el acicate del progreso, también pretenden curar hoy algunas enfermedades, no infectivas, con la inyección de jugos extraídos de los mismos órganos: así, se trata de una lesión de los centros nerviosos ¿pues, qué mejor, dicen, que inyectar cerebrina? Es el riñón ó el bazo el doliente... pues nada de más simple sencillez que inyectar un jugo renal ó esplénico. Pero ya en esta vía, precisaba dar la gran nota de *fin de siècle*: prolongar la vida; y ya que no es posible la inmortalidad del cuerpo, hagamos que los viejos se galvanicen y adquieran el vigor de la juventud. Un nada: dar forma material á la concepción fantástica de Goethe y que un nuevo Mefistófeles rejuvenezca á Fausto. El gran fisiólogo Brown-Séguard, en el ocaso de sus días, ha sido el inventor de ese nuevo *elixir de larga vida*, que ni el célebre Paracelso acertó á descubrir. *Quod Deus vult perdere, prius dementat*.

Basta ya, señores. Se me figura que el relato que acabais de oír

es suficiente para que comprendáis toda la genialidad de la Medicina de hoy. La labor es titánica, y en el gran balance que podrá hacer el crítico al terminar la centuria, creo firmemente que, aparte de algunas exageraciones inevitables en todo período histórico reformista, encontrará más motivos de aplauso que de censura. Pero yo no puedo dar por terminada mi tarea sin elevarme, siquiera por un momento, á la esfera serena de los principios y preguntarme, si con todo lo observado y experimentado en estos últimos tiempos se ha obtenido la construcción científica de la Medicina.

Dejaré que hable aquel talento de primera magnitud, estrella brillante que fué de nuestro Claustro de Medicina y hoy, á pesar de sus achaques, ornamento del Colegio de San Carlos (1): «La ley inflexible de las antinomias del progreso ha hecho que los médicos, deslumbrados por los portentos del análisis experimental, se hayan entregado á él con el más absoluto exclusivismo, condenando de todo en todo las especulaciones de la antigüedad, y, en consecuencia los grandes principios que la misma, en medio de sus excéntricos sistemas y por admirable intuición genial había ido atesorando. De ahí que el exclusivismo analítico, falto de conceptos fundamentales á que subordinar los detalles del escalpelo, del microscopio, del experimento físico y de la reacción química, haya caído en la anarquía. A una Medicina antigua, basada toda en el razonamiento sobre principios universales, ha sucedido una Medicina moderna, labrada toda con los sentidos sobre hechos particulares, y ni lo uno ni lo otro puede satisfacer las justas exigencias de la humanidad doliente. La Medicina antigua fué dada á lucubraciones: de estas lucubraciones lo bueno era la tendencia á buscar lo fundamental; lo malo, la desgraciada manera de realizarlo. La Medicina moderna busca su apoyo en la observación experimental: de esta tendencia lo bueno es el caudal de nociones positivas y concretas que proporciona; lo malo, el espíritu anárquico que ahoga los principios inmutables de ciencia en un inquieto oleaje de verdades empíricas; de lo

(1) Letamendi, *Patología general* (Madrid, 1883, 3 vol). Concepto de la Medicina.

»cual arranca el alejamiento indefinido del fin médico práctico que
 »ha sido, es, será y debe ser siempre individual.» Y luego añade:
 «Siendo la individualidad ó unidad formal la nota específica de
 »los cuerpos vivos, este debe ser el objeto especial de su especial
 »ciencia.»

No puede decirse más en menos palabras. El gran error de la Medicina de hoy consiste en perseguir el detalle, descuidando el conjunto; en fijarse demasiado en el órgano, mirando con cierto desvío el total individuo, el hombre, que por su propia naturaleza es uno é indivisible. Cuando se descubrió la circulación de la sangre, no pareció sino que el hombre sólo estaba constituido por sangre, falsa creencia hija del análisis que produjo los mayores desatinos; cuando modernamente Virchow siguiendo los pasos de Schwann soltó al mundo científico su célebre *Omni celula e celula*, cualquiera habría podido figurarse que el hombre no es mas que una federación celular. Y es más que todo esto. No es su máquina, en lo anatómico, modelo de simplicidad como la organización del amibo, sino de complejidad grandiosa, no en vano está á la cabeza de la escala zoológica; pero, en medio de esa suma inmensa de órganos y tejidos que le constituyen, despuntan en lo fisiológico tales enlaces y ataduras que dan como resultado una función total, indivisa, *el consensus unus, conspiratio una* de la escuela hipocrática. Hoy por el contrario, como si el organismo del hombre estuviese formado de piezas articuladas, independientes unas de otras y con soldaduras fáciles de romper, se ha entrado en la locura de la segmentación, del particularismo, que nos aleja de la buena senda. Dominados por la corriente del análisis, cada ley parcial que se descubre se quiere imponer como ley del conjunto y en esto consiste el error.

Otro ha de ser el procedimiento lógico para que, como es justo, la Medicina sea algo más que una simple ciencia fisico-química, y á este propósito oigamos otra vez á mi maestro (1): «Una vez hallada »la ley fisiológica del calor animal, ó de la absorción, ó de la sensi-

(1) Obra citada.

»bilidad, no pudiendo crear un animal que viva sólo del calor, ó sólo
»de la absorción, ó sólo del sentir, debemos apresurarnos á incorpo-
»rar estas nociones á todas las demás que de la complejidad y el
»solidarismo individuales poseemos, á fin de progresar en el acertado
»gobierno del cuerpo vivo, al compás que progresamos, no en su co-
»nocimiento analítico, sino en su conocimiento sintético á favor del
»analítico. Por esto en Anatomía, como en Fisiología, como en sana
»Psicología, no sólo es ridículo y absurdo aplazar la síntesis para el
»término total del análisis, sino que es urgente, es imperativa é ine-
»ludible la necesidad de que *á todo acto de análisis material siga*
»*inmediatamente un acto de síntesis intelectual*, que desagравie,
»por decirlo así, á la naturaleza individual de la violencia que con
»ella hemos cometido en el hecho material de dividirla.»

Ahí teneis, señores, expresado el pró y el contra de la Medicina de nuestro tiempo; los grandes beneficios que ha reportado del método experimental y el peligro que corre de malograrlos, si, desvanecida ante el espectáculo grandioso de sus triunfos, se aparta del buen camino que ha de conducirla á una construcción verdaderamente científica. Enhorabuena que siga marchando por la vía analítica para depurar hasta los extremos de la posibilidad racional todos los elementos particulares, pero no olvide que el sujeto de sus investigaciones es *el hombre*, con todos sus atributos de unidad; de modo que, aún creyendo, como yo creo, que paralelamente á sus manifestaciones corpóreas existen otras incorpóreas ó del espíritu, ambas se unen, enlazan y compenentran de tal suerte, que ese aparente dualismo no rompe, en manera alguna, su traza de unidad indivisa.

Difícil es predecir la dirección de las corrientes científicas en los días futuros; sólo Dios sabe si el sol refulgente que hoy nos alumbra sufrirá un eclipse análogo á aquel que se produjo en la decadencia del gran imperio romano; pero, si lejos de suceder así, el siglo entrante, como el XIX, y como yo fervorosamente anhelo, ha de marcar tam-

bién para las ciencias una época de oro, vosotros alumnos estimadísimos de nuestra Escuela, que por feliz condición de edad habréis de presenciara, no dudeis que, si el amor al trabajo es una de las primeras virtudes, vuestra labor será fructifera ó estéril, según sepais ó no penetraros del carácter que, en su desarrollo y perfeccionamiento, ha de tener cada una de las ciencias que sea objeto de vuestras meditaciones.

HE DICHO.

